

podía el almirante contener á la dama; tanto vigor así habia comunicado la desesperacion á los delicados miembros de aquella mujer.

Morgan gritó y dos marineros llegaron en su auxilio y sujetaron á la jóven.

—Atadla y encerradla en una bodega—dijo furioso el almirante, y dos minutos despues aquella órden estaba ejecutada.

XVI.

La prueba.

DESDE aquel dia Morgan comenzó á usar con Doña Marina una crueldad infinita. Encerrada en una de las inmundas bodegas del navío, sin ver mas que al marinero que dejaba una pequeña racion de pan y un poco de agua, sin respirar el aire libre, sin ver casi la luz, la infeliz jóven sufría horriblemente.

Aquella bodega estaba llena de enormes ratas, que venian á arrebatarle casi de la mano su miserable alimento, que roian sus vestidos, que llegaban hasta morder sus mismos dedos.

Doña Marina no podia ni dormir; aquellos repugnantes animales la atacaban en el momento en que entraba en quietud, y pasaban sobre su rostro, causándole una impresion espantosa con sus patas frias y desnudas.

La atmósfera pesada y nauseabunda que la rodeaba, era tambien para ella un tremendo martirio.

Y sin embargo, así permaneció ocho días sin que Morgan apareciese por aquella mazmorra, peor mil veces que cualquier calabozo de la tierra.

Una tarde, el almirante creyó que era ya tiempo de ver á aquella desgraciada; supuso que su energía había cedido á tanto sufrimiento, y bajó á buscarla.

En aquellos pocos días la indiana había quedado casi desnuda; tenía la cabeza cubierta de polvo, estaba pálida y estenuada, y su mirada era hosca como la de un loco, ó como la de una persona que ha pasado muchos días en la oscuridad.

El pirata sintió por ella una especie de compasión al entrar con una lámpara en la mano en aquella bodega; Doña Marina, por pudor y por miedo, procuró ocultarse.

—Creo que habrás ya conocido—dijo Morgan—los malos resultados que te ha traído tu conducta, ¿es verdad?

Doña Marina no contestó.

—Habla—continuó Morgan—habla; ¿estás arrepentida? ¿quieres salir de aquí?

El mismo silencio por parte de la jóven.

—No tengas miedo, acércate; no quiero ya hacerte mi querida, porque has perdido tu belleza en ocho días; quizá ahora como antes, si te encontrara, no me dignara yo mirarte; pero necesito que seas mía siquiera un día; esta es para mí no cuestión de placer, sino de amor propio, de orgullo; porque no dirás tú ni nadie sobre la tierra, que Morgan el pirata se ha empeñado en una cosa sin haberla podido conseguir: piénsalo bien, Marina, consiente en ser mía un día, no mas un día, y estás libre, y te llenaré de riquezas; de lo contrario, sufrirás aunque mueras, y con tu cadáver se sepultará el secreto de mi derrota, en las aguas del mar. Marina, ¿quieres ser mía?

—¡Nunca, monstruo! sal, sal de aquí; déjame morir, pero morir con el placer de no verte; morir con el orgullo de que no he sido ni seré tuya; morir maldiciéndote, y dejando en tu corazón el disgusto de no haberme poseído.

—¡Marina! ¡Marina! no tientes mi corazón, no enciendas mi cólera.

—¿Tu cólera? ¿qué me importa á mí tu cólera? la desprecio. ¿Crees que temo la muerte? te engañas, pirata, vil robador de mujeres, incendiario, excomulgado, infame: mátame, mátame, te desafío; no soy yo uno de esos cobardes que te siguen, que tiemblan y palidecen de tu enojo, porque no saben mirar de frente á la muerte, no; yo no solo te desprecio, sino que te provocho, ¿lo oyes? te provocho, miserable!

El almirante desnudó su puñal y se lanzó sobre Marina, que se adelantó á recibirle, presentándole su pecho desnudo; pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se contuvo y retrocedió.

—¿Lo ves? ¿lo ves?—exclamó Doña Marina como fuera de sí—tiembras y no te atreves á herir, porque no te temo y porque tú no sabes sino matar cobardes como tú..... Hierre, hierre, miserable!..... eres un perro, y te desprecio.

El pirata dió un rugido, y como si se hubiera sentido incapaz de contenerse por mas tiempo siguiendo allí, dió violentamente la vuelta y salió de la bodega, estremeciéndose sin saber por qué, al oír la estridente carcajada que lanzó la jóven al verle huir.

El pirata salió sombrío y silencioso; aquella escena le había afectado espantosamente.

En el mismo día, dos hombres entraron á la bodega en que estaba Doña Marina, y la sacaron de allí sin decir una palabra, y la transportaron á una cámara.

Morgan pensó que aquella cárcel acabaría con la víctima

antes de que él pudiera satisfacer sus deseos, y el pirata no quería la muerte de la jóven, quería saciar en ella un capricho, y luego arrojarla de su lado, sin importarle que fuera á los brazos de su familia ó al fondo de los mares: una vez triunfante de aquella tenaz resistencia, todo era para él indiferente.

Marina, por su parte, despues de pasar uno de aquellos accesos de furor, en los que no solo no temia, sino que deseaba la muerte, se decidió á vivir y á luchar á brazo partido con su destino; tenia una fe grande en el porvenir, y sobre todo, contaba con su resolucion de encontrar la muerte en el último trance.

La muerte era para ella un recurso, aunque extremo, pero completamente seguro: por la mano del pirata, provocando su ira ó arrojándose al mar, podia morir cuando ya no tuviera esperanzas de salvar su honor; pero entretanto lucharía, lucharía, porque estaba resuelta á vivir por su hija, porque no se sentia cobarde para la lucha, porque no temia sucumbir por el valor.

.....

Al desprenderse Morgan de Jamaica llevaba el poderoso auxilio de un navío inglés armado con treinta y seis bocas de fuego, que el gobernador de la isla le habia proporcionado, para reforzar su armada y ponerlo con mas facilidad en estado de atacar las posesiones españolas de la Costa-Firme.

El capitan de aquel navío era un gran amigo de Morgan, y se llamaba Binkes, de origen holandés.

Binkes habia conocido á Morgan desde su niñez, y el almirante tenia en él esa confianza que le faltaba con los subordinados; y como era natural, en la situacion del pirata necesitaba de una persona á quien confiar sus penas.

Morgan refirió á su amigo cuanto le habia pasado con Doña Marina.

—¿Y tú amas á esa mujer?—preguntó Binkes.

—Creo que no la amo, pero quisiera vengarme de ella; sobre todo, no quiero que se burle de mí.

—¿Y no has encontrado medio de reducirla?

—¡Imposible! tiene una voluntad indomable.

—Si tú me la entregaras, la domaria.

—Pero.....

—Supuesto que no la amas y que hasta ahora nada has podido conseguir, pásame la prenda y veremos.....

—Pero se reirá de mí; creará que ha vencido.

—Escúchame, Morgan: no conozco á esa mujer; pero quisiera yo quitarla de tu lado; temo que influya tanto en tu espíritu, que pierdas esa energía, ese valor indomable.

—No seria difícil, porque estoy profundamente afectado.....

—Lo creo muy bien; pero me temo que no sea ese el remedio.

—¿Pues cuál?

—Hacerla mia.

—Entonces por la fuerza.

—Me parece que es llegado el caso.

—Mañana, despues de la comida, iremos á ver á tu rebelde prisionera, y serás dueño de ella.

—¿Crees que lo conseguiré?

—De mi cuenta corre; alienta y ten fe en mí.

Morgan se sentia alegre con solo aquella conversacion, y esperó con ansia la venida del dia siguiente. El que encuentra grandes obstáculos para una empresa, espera siempre auxilios misteriosos ó desconocidos, y el pirata pensaba ya

que su amigo tendría algún raro secreto para rendir la virtud de una mujer.

A la mañana siguiente, el buque inglés estaba lujosamente empavesado; se preparaba un almuerzo en honor de la resolución tomada por los gefes para atacar la ciudad de Maracaibo.

Doña Marina gemía sola y sin esperanza, encerrada en una cámara en el navío «Almirante.»

Don Enrique había llegado á saber los crueles tormentos que sufría la jóven, y pensaba solo en los medios de libertarla.

Aquel día determinó aprovechar los momentos en que Morgan estuviese en el convite dado en el navío inglés, para hablar con ella.

En efecto, comenzó aquel convite, y los piratas se entregaron á una loca alegría, olvidándose de todo, y hasta Morgan mismo dejó de pensar en Doña Marina al encontrarse en medio de sus compatriotas.

Don Enrique aprovechó el momento y entró al navío «Almirante.»

Pocos hombres estaban en él de guardia, y los unos dormían y los otros miraban lo que pasaba en la cubierta del navío inglés, sin ocuparse de lo que acontecía en el suyo.

Don Enrique abordó al «Almirante» por el opuesto lado y cubriéndose de los ingleses con el mismo casco del navío.

El jóven no encontró obstáculo, y llegó hasta la cerrada puerta que guardaba á Doña Marina; allí llamó.

—Doña Marina, Doña Marina—gritó al través de la madera.

—¿Quién sois?—contestó la dama con voz lánguida.

—Un amigo, un amigo que desea hablaros; acercaos.

—¡Ah! ¿sois vos, Don Enrique?

—Yo soy, señora, que vengo inquieto por vuestra suerte.

—Don Enrique, mi situación es espantosa; ese hombre me tiraniza de una manera horrible, y quiere por fuerza que yo sea suya.

—¿Pero qué ha motivado semejante cambio en su conducta?

—Creo que tiene celos.

—¡Celos! ¿y de quién, señora?

—De vos.

—¿De mí?

—Sí, de vos; porque desde el día en que os vió hablar conmigo, su conducta ha sido incomprensible: él, antes tan bueno, tan cariñoso, ahora es déspota, cruel.

—¿Y no teneis esperanza?

—Solo en la muerte.

—No os desalenteis; yo tengo otra esperanza menos espantosa.

—Hablad; ¿en qué esperais?

—En la fuga.

—¿En la fuga! ¿y cómo?

—Mirad, señora: yo buscaré la oportunidad y os haré pasar á mi navío, y nos daremos á la vela; y aunque todos los buques de Morgan nos den caza, no lograrán alcanzarnos; tengo fe en la ligereza del «Valeroso.»

—¡Dios os escuche!

—El que os ha escuchado soy yo—exclamó una voz robusta detrás de Don Enrique.

El jóven volvió el rostro, y vió parado cerca de sí á Binkes, el amigo de Morgan, á quien acompañaban cuatro marineros.

—¡Estamos perdidos!—exclamó en su interior Enrique.

—Vamos—dijo Binkes;—tú, mal oficial, tratas de robar-

le la dama á tu almirante; esta tarde estarás colgado de una antena, divirtiéndolo á la tripulación: atadle.

Antes de que Don Enrique hubiera podido hacer un solo movimiento de defensa, los cuatro marineros ingleses le habian sujetado y le ataban con una cuerda los brazos.

—Ahora izad, y llevémosle á su amo para que le haga justicia.

Los marineros cargaron con Don Enrique, y precedidos de Binkes, salieron del «Almirante,» descendiendo á su bote, en medio de la admiración de los marineros del navío, que los dejaban obrar, conociendo el cariño que Morgan profesaba á su amigo.

Doña Marina escuchó con terror aquella escena, y al retirarse los aprehensores y el prisionero, cayó de rodillas, confiando á Dios su suerte y la de Don Enrique.

Veamos ahora por qué habia ido Binkes á bordo del «Almirante.»

Casi al concluir la comida, la alegría de los convidados rayaba en locura; se decian entusiastas brindis que se celebraban con cañonazos.

Binkes se acercó á Morgan y le dijo:

—Para completar la alegría, voy yo mismo á traer á tu prisionera, para que aquí en medio de nosotros caiga entre tus brazos y se cante tu triunfo.

Y sin esperar respuesta del almirante, hizo botar una lancha y se dirigió al navío «Almirante.»

Ya hemos visto allí lo que por desgracia de Marina y de Don Enrique, llegó á escuchar.

Tornaba la lancha al buque inglés, conduciendo al prisionero Don Enrique y á Binkes y sus compañeros, que estaban completamente borrachos.

El jóven habia comprendido que habia llegado para él la

última hora: Morgan, cuyo carácter impetuoso conocia, le mandaria ahorcar inmediatamente.

La barca tocó el costado del buque inglés, y Binkes, seguido de sus marineros, tomó la escala y subió, dejando á Don Enrique en la lancha al cuidado de un solo marinero.

—Hacedme un favor—dijo Don Enrique á aquel hombre.

—¿Cuál?—preguntó secamente el inglés.

—Desatad mis manos.

—No, porque os arrojaréis al mar.

—Os doy mi palabra de marino de no moverme de vuestro lado; pero estas cuerdas me despedazan las carnes.

—¿Ofreceis vuestra palabra?

—La empeño.

El inglés comenzó á desatar á Don Enrique y le dejó perfectamente libre.

—Gracias—dijo el jóven, sentándose á su lado.

Entretanto, Binkes habia llegado hasta la popa, en donde Morgan, con algunos compañeros, estaba aún empeñado en sus brindis, á los que respondia siempre un cañonazo.

—¿Viene ya Marina?—preguntó el almirante.

—Todavía no; pero voy á prepararos una sorpresa á tí y á ella.

—¿Qué sorpresa?

—Dejaría de serlo si te la comunicara.—Seguidme, dijo á los marineros, y se dirigió á la proa.

—Preparadme aquí una buena horca para colgar á ese tunante—dijo á los que le seguian, y los hombres se preparaban á obedecerle.

Morgan, en la popa, habia levantado su vaso lleno y gritaba:

—¡Por la sorpresa del almirante y de su amada!

El cañon respondió á su brindis; pero instantáneamente

una horrible detonacion hizo estremecer y saltar al buque inglés.

Los navíos ingleses tenian el pañol de la pólvora en la proa; el último cañonazo habia despedido una chispa que habia comunicado el fuego á las chilleras, y estas al pañol de la pólvora, y todo instantáneamente, y el navío inglés fué envuelto por la parte de la proa en un remolino de llamas.

Binkes habia perecido en aquella catástrofe, lo mismo que todos los que le seguian y cuantos estaban por la parte de proa, y solo Morgan y treinta ingleses se escaparon en la popa, lanzándose al mar.

Pasado el primer momento de estupor, todos los navíos botaron sus lanchas para salvar á los que nadaban, y Don Enrique, ayudado del marinero inglés, fué el primero que recibió á muchos de aquellos desgraciados.

—Fío en vuestro secreto sobre lo que ha pasado en el navío «Almirante»—dijo Don Enrique al marinero inglés.

—Dios no quiere que se sepa—contestó el otro—porque ha callado á los que debian contarle; yo acataré la voluntad de Dios y no diré nada.

—¿Palabra de marino?

—Os la doy.

Y Morgan volvió á su navío, sin penetrar cuál era la sorpresa que le preparaba su infortunado amigo.

Doña Marina, que nada sabia, temblaba á cada ruido que escuchaba, y creia ver entrar al furioso almirante.

XVI.

El brulote.

EL siniestro acontecimiento del navío inglés causó en el ánimo del almirante y de todos los suyos tan penosa impresion, que solo en él pensaron durante muchos dias, y Doña Marina alcanzó una tregua en sus padecimientos.

Morgan se dirigió con su armada á la Tierra-Firme, y pareció no pensar en la jóven, que seguia prisionera en el navío «Almirante.»

Las naves de Morgan llegaron á un punto de la costa en donde se pudo efectuar un desembarco oculto, y los piratas se dirigieron á Maracaibo.

Las naves quedaron custodiadas por pocos hombres, y á ellos encomendada tambien la custodia de la desgraciada Marina.

El almirante tenia un carácter impetuósísimo; pero tal número de empresas era el que acometia, que su cerebro, combatido por encontradas ideas, le hacia pasar muchas ve-